

LA PERCEPCIÓN EMOCIONAL COMO PREDICTOR ESTABLE DEL AJUSTE PSICOSOCIAL EN LA ADOLESCENCIA

Raquel Palomera¹, José Martín Salguero² y Desirée Ruiz-Aranda²

¹Universidad de Cantabria; ²Universidad de Málaga (España)

Resumen

Las emociones son una fuente muy valiosa de información para nuestra adaptación y bienestar. Dentro de nuestras habilidades para procesar la información emocional, la literatura científica ha mostrado cómo la percepción emocional es fundamental para comenzar dicho proceso con éxito. Sin embargo, la mayoría de los estudios realizados en este ámbito han utilizado muestras adultas o clínicas. En este trabajo investigamos, mediante un estudio longitudinal prospectivo, la influencia de la percepción emocional sobre el ajuste psicosocial de una muestra de estudiantes de secundaria. Los resultados muestran que la habilidad para percibir emociones es un predictor estable de un menor desajuste clínico y emocional y de un mayor ajuste personal. Además, estos resultados se mantienen incluso tras controlar los niveles previos de ajuste. Igualmente, encontramos importantes diferencias de sexo y edad en la relación entre percepción emocional y el ajuste psicosocial. Se discute acerca de las posibles implicaciones educativas de los resultados y de futuras líneas de trabajo en el campo de la percepción emocional y la inteligencia emocional.

PALABRAS CLAVE: *percepción emocional, ajuste psicosocial, adolescencia, inteligencia emocional.*

Abstract

Emotions are a very valuable source of information for our adjustment and well-being. Within our skills to process the emotional information, emotional perception is fundamental to begin such process successfully. Nevertheless, the majority of the studies conducted in this area have used adult or clinical samples. In this work we investigated through a prospective one-year longitudinal study

Este trabajo ha sido desarrollado dentro del proyecto de investigación SEJ2007-60217 del Ministerio de Educación y Ciencia. También ha sido posible gracias al esfuerzo del Laboratorio de Emociones de la Universidad de Málaga (España).

Correspondencia: Raquel Palomera Martín, Facultad de Educación, Universidad de Cantabria, Av. de los Castros, s/n, 39005 Santander (España). E-mail: palomerr@unican.es

the relation between emotional perception and psycho-social adjustment in a secondary student sample. The results showed emotional perception as a stable predictor of higher personal adjustment and lower emotional imbalance and clinical maladjustment. The emotional perception ability also appeared as a significant predictor of dependent variables, even when the variable criterion at time 1 was controlled. Significant variation was found depending on sex and age. Possible educational implications and future lines of research on emotional perception and emotional intelligence are discussed.

KEY WORDS: *emotional perception, psychosocial adjustment, adolescence, emotional intelligence.*

Introducción

Las teorías modernas de las emociones nos presentan a éstas como procesos adaptativos que pueden llevar a una transformación personal y de las interacciones sociales, enriqueciendo la experiencia y favoreciendo la consecución de metas y la solución de problemas (Lewis y Haviland-Jones, 2000). Siguiendo esta concepción evolucionista y funcionalista de las emociones, la literatura científica ha prestado especial interés en los últimos años al estudio de las diferencias individuales en la habilidad para procesar y utilizar la información emocional, partiendo de la idea de que aquellas personas que se muestren más habilidosas tendrán una mejor adaptación psicológica y social (Ramos, Fernández-Berrocal y Extremera, 2007). Estas habilidades han sido conceptualizadas de forma general bajo el término "inteligencia emocional" (IE) (Mayer y Salovey, 1997).

Inteligencia emocional

Aunque existen diferentes aproximaciones teóricas a la IE (para una revisión ver Mayer, Salovey y Caruso, 2000), su definición más extendida y validada científicamente pertenece al modelo de habilidad de Mayer y Salovey (1997). Desde este modelo, la IE se define como "la habilidad para percibir, valorar y expresar las emociones con exactitud; la habilidad para acceder y generar sentimientos que faciliten el pensamiento; la habilidad para entender la emoción y el conocimiento emocional; y la habilidad para regular las emociones y promover el crecimiento emocional e intelectual" (p.10).

La IE ha mostrado pruebas sobre su relación con el bienestar personal y el éxito social de las personas (Mayer, Roberts y Barsade, 2008) y en los últimos años estos resultados también se han ido confirmando con muestras adolescentes. Por ejemplo, se ha encontrado una relación positiva entre el nivel de IE de estudiantes de secundaria y un mayor número de interacciones positivas con los pares, menos interacciones negativas con amigos íntimos y mayor apoyo parental percibido (Lopes, Salovey y Straus, 2003); se ha observado una relación positiva entre la IE y el grado de ajuste escolar según es informado por los docentes (Mestre, Guil, Lopes, Salovey y Gil-Olarte, 2006) o el rendimiento académico (Gil-Olarte, Palomera y Brackett,

2006). La IE también se ha mostrado predictiva del nivel de salud mental adolescente, por ejemplo, de una menor presencia de síntomas depresivos (Extremera, Fernández-Berrocal, Ruiz-Aranda y Cabello, 2006) o de ansiedad (David, 2005), así como de comportamientos no saludables, como el consumo de tabaco y alcohol (Ruiz-Aranda *et al.*, 2010).

Desde el modelo de habilidad de la IE (Mayer y Salovey, 1997), esta inteligencia se compone de diferentes habilidades establecidas de forma jerárquica donde la percepción emocional representaría la primera y más básica habilidad. La percepción emocional representa por tanto la puerta de entrada de la información emocional al procesamiento cognitivo y por ello, si esta entrada de información no es precisa, influirá en el resto de procesos consecuentes.

Percepción emocional y ajuste psicosocial

Dentro de la habilidad para percibir las emociones humanas, identificar con precisión las expresiones faciales es vital, ya que ésta no es sólo el primer recurso que utilizamos para expresar los estados emocionales (Ekman, 1965) sino que los humanos prestamos más atención a estas expresiones que a cualquier otra fuente de comunicación no verbal (Noller, 1985) y con más frecuencia con que lo hacemos a la comunicación verbal (Friedman, 1978). Sin embargo, aunque las expresiones faciales de ciertas emociones básicas son universales, lo que nos indica su carga genética, la habilidad del ser humano para reconocer incluso estas emociones básicas no es perfecta, existiendo importantes diferencias individuales (O'Sullivan, 1982).

Las emociones nos aportan información relevante acerca de los pensamientos e intenciones de otras personas y nos permite dirigir de manera más eficaz nuestros encuentros sociales (Keltner y Haidt, 2001). De este modo, las personas que perciben de forma adecuada las expresiones faciales de otros, muestran un comportamiento interpersonal más eficiente y un mayor éxito y ajuste social, con mayor presencia de sentimientos positivos en las interacciones sociales como, por ejemplo, ser respetado, querido y atendido por los demás (Lopes *et al.*, 2004), perciben un mayor cariño parental (Ciarrochi, Chan y Caputi, 2000), informan de un mayor bienestar en las relaciones íntimas (Carton, Kessler y Pape, 1999). Pero además, las emociones son una fuente de información fundamental para un adecuado funcionamiento cognitivo general. La habilidad de percibir emociones en el rostro está asociada a un mayor rendimiento académico. Por ejemplo, a los cinco años, una buena capacidad para identificar emociones en el rostro de otros niños predice de forma positiva su rendimiento académico cuatro años más tarde (Izard *et al.*, 2001). También está relacionado, aunque de una forma más débil, con una mejor ejecución de los procesos cognitivos clásicos (revisión de Halberstadt y Hall, 1980) y una adecuada toma de decisiones (Day y Carroll, 2004).

Por otro lado, el reconocimiento emocional aparece como una habilidad propia de un ajuste psicológico adecuado, ya que se ha observado una mayor dificultad

para identificar estados emocionales en otros a nivel facial en personas con trastornos de salud mental, como depresión, esquizotipia o esquizofrenia (Kee *et al.*, 2009).

Sin embargo, la mayoría de las investigaciones desarrolladas en este ámbito de estudio han utilizado muestras adultas y/o clínicas y algunas excepciones con niños, pero apenas se ha observado el papel explicativo de esta importante habilidad sobre el bienestar de los individuos en una de las etapas más cruciales del ciclo vital: la adolescencia. Por ello, en este trabajo nos proponemos analizar el rol de la percepción emocional como posible factor protector del grado de ajuste personal y social adolescente.

Diferencias en sexo y edad

Al igual que ocurre con otras importantes capacidades humanas, también se han encontrado diferencias en función del sexo y la edad en la habilidad para percibir las emociones de forma precisa en el rostro de los demás. Diferentes estudios han mostrado que son las mujeres las que reconocen con más precisión las expresiones emocionales de los demás (Boyatzis, Chazan y Ting, 1993; Rotter y Rotter, 1988). Por otro lado, la habilidad para "leer caras" se incrementa desde la infancia a medida que mejora nuestra capacidad perceptual, cognitiva y el grado de exposición y experiencia (Lenti, Lenti-Boero y Giacobbe, 1999).

También se han encontrado diferencias de sexo y edad en cuanto al grado de ajuste personal y social de los adolescentes. Por ejemplo, se ha observado que los problemas de comportamiento aumentan con la edad, sobre todo en los varones, llegando a su pico más alto en la media adolescencia a partir de la cual comienza un descenso hasta la adultez (Lindeman, Harakka y Keltikangas-Järvinan, 1997), aunque en los años de la pubertad e inicio de la adolescencia no aparecen diferencias de sexo todavía (Garaigordobil, 2005); por otro lado, el locus de control aumenta con la edad y en mayor grado en los chicos (Chubb, Fertman y Ross, 1997). Las mujeres, por su parte, tienen el doble de posibilidades de sufrir determinados trastornos mentales como la depresión a partir de la adolescencia media (Nolen-Hoeksema y Girgus, 1994) así como descensos en autoestima, autoeficacia y satisfacción vital (Reina, Oliva y Parra, 2010). En cambio, el uso de estrategias de afrontamiento del estrés en esta etapa evolutiva es predictivo del grado de salud mental sobre todo a partir de los trece años, cuando termina la preadolescencia (Plancherel, Bolgnini y Halfon, 1998).

Con base en lo anterior, el objetivo principal de este trabajo es analizar la influencia de la percepción emocional sobre el ajuste psicosocial adolescente, utilizando una metodología longitudinal en dos tiempos separados. Además, se analizará el efecto del sexo y la edad sobre la relación entre la habilidad de percibir emociones y el nivel de ajuste psicosocial en los adolescentes.

Método

Participantes

La muestra del estudio estuvo compuesta por 536 estudiantes de secundaria (46,4% varones y 53,6% mujeres), con una media de edad de 13,40 años ($DT=2,02$), pertenecientes a diferentes centros de Enseñanza Secundaria Obligatoria.

Instrumentos

1. "Percepción emocional adolescente" (Salguero, Fernández-Berrocal, Ruíz-Aranda, Castillo y Palomera, 2011). Evaluamos la percepción emocional mediante una tarea de ejecución diseñada para adolescentes y basada en el modelo de IE de Mayer y Salovey (1997). La tarea consiste en identificar el grado (mediante una escala Likert de cinco puntos entre "Sentimiento nada expresado" y "Sentimiento muy fuertemente expresado") en que seis emociones básicas (alegría, tristeza, ira, asco, miedo, sorpresa) son expresadas por seis adolescentes a través de su expresión facial. La prueba consta, por tanto, de un total de 36 ítems. Para su corrección se utilizó el método de expertos (Mayer, Caruso y Salovey, 1999) con la participación de 16 investigadores y profesionales en el campo de la emoción. Las propiedades psicométricas del instrumento son adecuadas (Salguero *et al.*, en prensa), con una alpha de Cronbach de 0,86 en una muestra amplia de adolescentes ($N=1656$; 43,3% de varones) entre 12 y 17 años ($M=14,43$; $DT=1,56$).
2. "Sistema de evaluación de la conducta en niños y adolescentes" (*Behavior Assessment System for Children*, BASC-S3; Reynolds y Kamphaus, 2004). Es un autoinforme ampliamente utilizado y bien validado para la evaluación del ajuste socio-emocional en la infancia y adolescencia. En nuestro estudio, hemos utilizado las escalas globales del instrumento: desajuste clínico ($\alpha=0,86$; ansiedad, atipicidad, locus de control externo), desajuste escolar ($\alpha=0,87$; actitudes negativas hacia el colegio y el profesor, búsqueda de sensaciones), ajuste personal ($\alpha=0,84$; relación positiva con padres y con pares, autoestima, confianza en sí mismo) e índice de síntomas emocionales (ISE; $\alpha=0,92$; ansiedad, estrés social, sentimiento de incapacidad, rechazo social, falta de autoestima). Cada adolescente debe responder verdadero o falso en función de la correspondencia de las diversas afirmaciones presentadas respecto a sí mismo. La versión española utilizada ha mostrado unas propiedades psicométricas satisfactorias (González, Fernández, Pérez y Santamaría, 2004).

Procedimiento

La participación de los adolescentes fue anónima, voluntaria y autorizada previamente. Los estudiantes completaron los instrumentos en presencia de los investiga-

dores y en su propio centro durante una misma sesión. La evaluación se ha llevado a cabo, siguiendo un diseño longitudinal, en dos tiempos separados por un año. Concretamente, se completaron los instrumentos de evaluación al comienzo del curso académico y, aproximadamente 12 meses más tarde, los adolescentes volvieron a completar de nuevo el cuestionario BASC.

Resultados

Los estadísticos descriptivos, junto a la fiabilidad (alpha de Cronbach) y las correlaciones entre las variables analizadas en este estudio se muestran en la tabla 1.

Tabla 1

Medias, desviaciones típicas, fiabilidad y correlaciones entre las variables del estudio

Variables	1	2	3	4	5	6	7	8	9
1. Percepción emocional	--								
2. Desajuste clínico T1	-0,21**	--							
3. Desajuste escolar T1	-0,11*	0,44**	--						
4. Ajuste personal T1	0,15**	-0,67**	-0,35**	--					
5. Índice de síntomas emocionales T1	-0,17**	0,89**	0,39**	-0,82**	--				
6. Desajuste clínico T2	-0,28**	0,56**	0,30**	-0,50**	0,54**	--			
7. Desajuste escolar T2	-0,12**	0,28**	0,56**	-0,28**	0,25**	0,52**	--		
8. Ajuste personal T2	-0,22**	-0,41**	-0,24**	0,54**	-0,46**	-0,68**	-0,42**	--	
9. Índice de síntomas emocionales T2	-0,27**	0,54**	0,26**	-0,56**	0,59**	0,91**	0,48**	-0,83**	--
M	15,65	1,31	1,08	3,22	1,38	1,20	1,06	3,20	1,30
DT	3,41	0,81	0,61	0,54	0,94	0,84	0,61	0,62	0,96
α de Cronbach	0,86	0,85	0,71	0,68	0,85	0,88	0,72	0,78	0,87

Nota: * $p < 0,05$; ** $p < 0,01$.

Relación entre percepción emocional y ajuste psicossocial en tiempo 1 y tiempo 2

Como podemos observar, la percepción emocional correlacionó de forma significativa con todas las variables de ajuste psicossocial analizadas, tanto en tiempo 1 como en tiempo 2. En tiempo 1, un mayor nivel de percepción emocional se relacionó con menor desajuste clínico y escolar, con un mejor ajuste personal y con un menor índice de síntomas emocionales. Encontramos resultados similares cuando se relacionó el nivel de percepción emocional inicial con las variables de ajuste psicossocial en tiempo 2, en este caso, la magnitud de las correlaciones fue incluso mayor. Así, una mayor percepción emocional se asoció a menor desajuste clínico y escolar, menos síntomas emocionales y mayor ajuste personal.

Influencia de la percepción emocional sobre las variables de ajuste psicosocial a nivel longitudinal

Para analizar la influencia de la percepción emocional inicial sobre las variables de ajuste psicosocial un año más tarde, una vez controlado el efecto de las variables socio-demográficas y las puntuaciones previas en cada variable criterio, utilizamos diferentes análisis de regresión jerárquica. Los resultados se muestran en la tabla 2. En cada regresión se introdujeron, en el paso 1, las variables de sexo y edad, en el paso 2, los niveles previos de cada variable criterio y, en el paso 3, la percepción emocional. La percepción emocional se mostró como un predictor significativo de todas las variables analizadas, a excepción del desajuste escolar. De forma específica, el poseer una mayor habilidad para percibir las emociones se relacionó con menor desajuste clínico, menor nivel de problemas emocionales y un mejor ajuste personal un año después. Además, este efecto se mantuvo tras controlar las variables sexo, edad y nivel de ajuste psicosocial inicial.

Tabla 2

Regresión jerárquica de la percepción emocional sobre las variables criterio en tiempo 2, controlando el efecto de variables sociodemográficas y las puntuaciones iniciales en cada variable de ajuste en tiempo 1

Tiempo 2	Desajuste clínico			Desajuste escolar			Ajuste personal			Índice de síntomas emocionales		
	R ²	F	β	R ²	F	β	R ²	F	β	R ²	F	β
Paso 1	0,01	2,05		0,04	11,13		0,01	4,07		0,01	1,51	
Edad			-0,04			0,003			0,06			-0,04
Sexo			-0,10**			-0,13**			0,12**			-0,11**
Paso 2	0,31	84,24		0,32	84,17		0,30	79,83		0,35	98,71	
Variable criterio en tiempo 1			0,56**			0,53**			0,52**			0,57**
Paso 3	0,34	71,06		0,33	64,08		0,32	64,83		0,38	83,09	
Percepción emocional			-0,17**			-0,06			0,13**			-0,17**

Notas: Las β corresponden al último paso de la regresión. **p < 0,01.

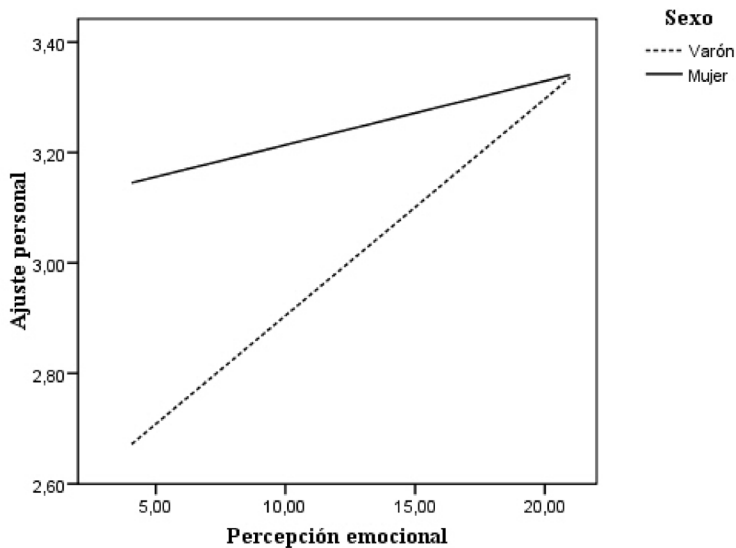
Efecto moderador del sexo y la edad en la influencia de la percepción emocional sobre las variables de ajuste psicosocial a nivel longitudinal

De cara a examinar si la capacidad predictiva de la percepción emocional sobre el ajuste psicosocial variaría en función del sexo o la edad de los participantes, llevamos a cabo nuevos análisis de regresión jerárquica. Analizamos la interacción per-

cepción emocional \times sexo y percepción emocional \times edad de forma separada. Con respecto a la interacción percepción emocional \times sexo, en cada regresión fueron introducidas las variables sexo y edad en el paso 1, los niveles iniciales de cada variable criterio en el paso 2, el nivel de percepción emocional en el paso 3 y, por último, el producto de la interacción entre percepción emocional y el sexo en el paso 4 (Aiken y West, 1991). La interacción percepción emocional \times sexo fue significativa en la predicción del ajuste personal ($b = -0,24$; $p < 0,05$), pero no del desajuste clínico ($b = 0,13$; n.s.), escolar ($b = 0,10$; n.s.) o el índice de síntomas emocionales ($b = 0,15$; n.s.). Para ilustrar y corroborar la interacción percepción emocional \times sexo encontrada en la predicción del ajuste personal utilizamos el procedimiento desarrollado por Hayes y Matthes (2009). En la figura 1 se muestra cómo el efecto de la percepción emocional sobre el ajuste personal fue significativo en el caso de los varones ($b = 0,04$; $p < 0,01$), pero no para las mujeres ($b = 0,01$; n.s.).

Figura 1

Interacción entre percepción emocional y sexo en la predicción del ajuste personal en tiempo 2



Para analizar la interacción percepción emocional \times edad, fueron introducidas las variables sexo y edad en el paso 1, los niveles iniciales de cada variable criterio en el paso 2, el nivel de percepción emocional en el paso 3 y, por último, el producto de la interacción entre percepción emocional y la edad en el paso 4. En este caso, la interacción percepción emocional \times edad fue significativa en la predicción del desajuste clínico ($b = -0,09$; $p < 0,05$) y el nivel de síntomas emocionales ($b = 0,10$; $p < 0,01$), pero no en el caso del desajuste escolar ($b = 0,07$; n.s.) o el ajuste personal ($b = 0,06$; n.s.). Nuevamente, utilizamos el procedimiento descrito por Hayes y Matthes (2009) para representar y corroborar estos resultados. En este caso, encontramos que la percepción emocional inicial no fue un predictor significativo del

desajuste clínico un año más tarde en aquellos adolescentes de nuestra muestra con menor edad o preadolescentes ($b= 0,02$; n.s.), pero sí lo fue en el caso de los participantes representantes de la adolescencia inicial ($b= 0,04$; $p< 0,01$) o, de forma más pronunciada, en los adolescentes más mayores de la muestra ($b= 0,06$; $p< 0,01$) (figura 2). Resultados similares fueron encontrados en la predicción del nivel de síntomas emocionales (figura 3), así, mientras que el nivel de percepción emocional no influyó en la presencia de problemas emocionales un año más tarde en los preadolescentes ($b= 0,02$; n.s.), sí lo hizo en los adolescentes de inicio ($b= 0,05$; $p< 0,01$) o los mayores de la muestra ($b= 0,07$; $p< 0,01$). En ambos casos, estos resultados nos muestran cómo la habilidad para percibir emociones se present-

Figura 2

Interacción entre percepción emocional y la edad en la predicción del desajuste clínico en tiempo 2

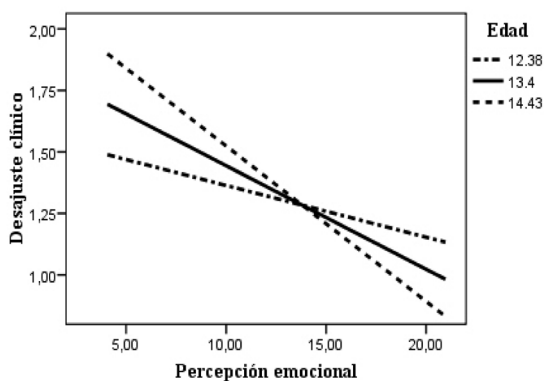
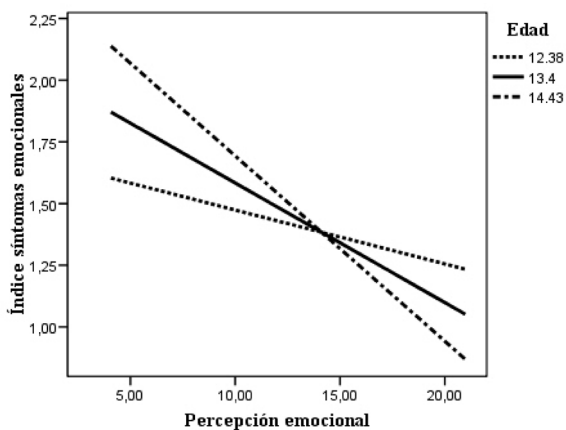


Figura 3

Interacción entre percepción emocional y la edad en la predicción del índice de síntomas emocionales en tiempo 2



tan como una variable protectora del ajuste psicológico a largo plazo (entendido como menores niveles de desajuste clínico y menos problemas emocionales) principalmente a medida que nos adentramos en la adolescencia.

Discusión

La habilidad de percibir emociones en los otros se ha mostrado en la literatura científica como un factor explicativo del grado de ajuste psicosocial de las personas adultas o pertenecientes a poblaciones clínicas pero no sabemos mucho sobre su papel en poblaciones juveniles y normativas. En este trabajo el grado de habilidad para identificar emociones faciales aparece como un factor predictivo del nivel de ajuste personal y social de los adolescentes. Concretamente, los adolescentes que mejor identifican la emoción expresada en los rostros de otros adolescentes informan de un menor desajuste clínico, escolar, emocional y personal que aquéllos que tienen menos precisión en su reconocimiento. Además, esta habilidad predice, a un año vista, su grado de desajuste clínico, emocional y personal, independientemente del nivel de ajuste previo. Por tanto, la percepción emocional aparece como un factor protector frente al desajuste psicosocial en un momento evolutivo crítico en el que la tendencia normativa es el incremento en la aparición de problemas de relación tanto con pares, padres y profesores (Levpušček y Gril, 2010), como de dificultades personales o de salud (Steinberg y Morris, 2001).

Estos resultados son coherentes con los estudios previos en este campo y nos muestran que la habilidad de reconocer emociones faciales es importante para el bienestar presente y a corto plazo, a excepción del desajuste escolar, que se muestra relacionado con el grado de habilidad para reconocer emociones a nivel transversal pero no a nivel longitudinal un año después. Este resultado se puede explicar porque a medida que avanza la adolescencia las actitudes negativas hacia la escuela y el profesorado aumentan (Levpušček y Gril, 2010) y precisamente estas variables componen el factor general de desajuste escolar de nuestro estudio. Por otro lado, la capacidad de regular las emociones no termina de madurar hasta el final de esta etapa y comienzos de la adultez joven (Branje, Van Lieshout y Gerris, 2007; Eccles *et al.*, 1993), lo que provoca un desajuste y una percepción de incapacidad para controlar los estados emocionales negativos al tiempo que aumentan las actitudes negativas hacia la escuela y la búsqueda de sensaciones.

La literatura científica ha señalado la existencia de diferencias en función del sexo y la edad tanto en la habilidad de reconocimiento emocional como en el grado de desajuste en la adolescencia (Boyatzis, Chazan y Ting, 1993; Lenti, Lenti-Buero y Giacobbe, 1999; Reina, Oliva y Parra, 2010). En nuestro estudio examinamos el efecto de estas variables en la relación entre percepción emocional y ajuste psicosocial. Como hemos observado, a medida que avanza la adolescencia, la habilidad de percibir emociones se hace más importante para predecir el ajuste, lo que es especialmente importante a medida que nos acercamos a la media adolescencia y aumentan los problemas de comportamiento y salud mental (Lindeman *et al.*, 1997; Nolen-Hoekseman y Gurgus, 1994). Así, la percepción emocional se comporta

como un factor protector similar a las estrategias de afrontamiento, que predicen el ajuste adolescente fundamentalmente a partir de la adolescencia media, cuando más falta hacen (Plancherel, Bolgnini y Halfon, 1998). Por otro lado y en coherencia con la literatura previa, el grado de precisión con que se perciben las emociones de los demás se ha revelado como un indicador de bienestar personal sobre todo en el caso de los varones. Las mujeres, de forma general, perciben mejor las expresiones emocionales que los varones (Boyatzis, Chazan y Ting, 1993). Es quizás por ello, que esta habilidad se convierta en una variable más crítica y protectora del grado de bienestar personal para los varones que para las mujeres.

Las emociones son imprescindibles para un adecuado funcionamiento personal y social. Desde el modelo de IE de Mayer y Salovey, la percepción emocional supone el primer paso en el procesamiento de esta información emocional; si las emociones no son percibidas de forma precisa, difícilmente las personas podrán hacer un uso adecuado de ellas. En este sentido, la percepción emocional facilita el proceso de autorregulación necesario para adaptarse a nivel social y personal (Gohm y Clore, 2002). A nivel social, es posible que aquellos adolescentes más hábiles a la hora de identificar cómo se sienten las personas de su entorno utilicen dicha información no sólo para mostrar una mayor empatía hacia ellos, o para ayudarles a regular las emociones que sienten, sino también para modificar su comportamiento y adecuarse mejor a las situaciones sociales. De este modo, no sólo podrán reducir su nivel de estrés y tensión en su vida social (Salguero *et al.*, 2011), sino que es más probable que favorezcan la presencia de uno de los mayores factores protectores encontrados para promover la resiliencia, afrontar el estrés y desarrollar resultados positivos en etapas críticas, el apoyo social (Musitu y Cava, 2002). A nivel personal, es posible que las personas que reconocen adecuadamente las emociones ajenas sean capaces de generalizar esta habilidad a su propia vida emocional, beneficiándose por tanto de la información que sus sentimientos le aportan y permitiéndoles un adecuado procesamiento de la misma. En este sentido, la percepción emocional interpersonal se ha relacionado de forma general con un mayor conocimiento emocional y una mejor regulación de las emociones (Extremera, Fernández-Berrocal y Salovey, 2006; Izard *et al.*, 2001).

Limitaciones

Hay que tener en cuenta algunas limitaciones del estudio, como la falta de representación de otras culturas en la muestra. Esto es importante ya que se ha observado que el reconocimiento de emociones faciales está facilitado cuando compartimos una misma base cultural (Elfenbein y Ambady, 2002; Izard, 1971). Por otro lado, el propio instrumento utilizado para medir la percepción emocional no nos permite evaluar la habilidad en toda su complejidad, ya que cuando interpretamos expresiones faciales utilizamos claves del contexto como la situación que los precipitó, los mensajes verbales concurrentes, etc. y esta información contextual influye en los juicios emitidos sobre el estímulo (Carroll y Russell, 1996); tampoco medimos la expresión dinámica de las emociones (Rubenstein, 2005; Sato y Yoshikawa,

2007), más realista que la expresión estática utilizada en este instrumento. Sería recomendable confirmar los resultados con pruebas de laboratorio o mediante el desarrollo de instrumentos informatizados y/o el uso de vídeos.

Futuras líneas de investigación

Una pregunta prioritaria y todavía pendiente de responder es hasta qué punto la percepción emocional es una habilidad innata o aprendida, qué influye en su desarrollo y cómo favorecerlo. Ya algunos autores lo han identificado como una parte de la inteligencia fluida y por tanto con una base biológica importante en su desarrollo (Roberts *et al.*, 2006). Igualmente, también es necesario averiguar hasta qué punto la percepción emocional influye sobre el ajuste personal y social de los adolescentes, si, por el contrario, es el grado de ajuste el que influye en el nivel de competencia a la hora de identificar emociones en los rostros, o si ésta es una relación bidireccional. Si los individuos no tienen éxito social, sus posibilidades de aprendizaje por exposición decrecen, siendo la experiencia un factor importante en el desarrollo de esta habilidad (Nelson y De Haan, 1997). También, su grado de habilidad puede ser un indicador precisamente de ciertos problemas de salud mental como la depresión, la ansiedad o la psicosis, los cuáles influyen en los circuitos neuronales que utilizamos cuando estamos ante un estímulo facial (Haxby, Hoffman y Gobbini, 2000). También es necesario llevar a cabo investigaciones en las que poder analizar la relación de la percepción emocional con el resto de habilidades de la IE en su predicción sobre el ajuste psicosocial. En futuros estudios tendremos que tener en cuenta además el contexto y sus claves debido a su gran efecto en la tarea de percibir emociones en los demás (Barrett, Mesquita, Gendron, 2011).

Conclusiones

Los resultados encontrados tienen implicaciones tanto en el ámbito educativo como en el clínico, ya que nos muestran la importancia de entrenar la habilidad de identificar correctamente las emociones en los rostros de los demás para facilitar una adecuada adaptación juvenil. Esta habilidad debería ser instruida junto al resto de habilidades que conforman la IE ya que trabajan de forma conjunta en el procesamiento de la información emocional y todas ellas han mostrado ser predictoras del bienestar personal y social (Fernández-Berrocal, Extremera y Palomera, 2008). Además, la investigación previa nos ha mostrado que aunque en la adolescencia surjan desajustes (problemas de comportamiento, inadaptación social, depresión, etc.), su origen normalmente no está en esta etapa del desarrollo sino que ya aparecían signos tempranos en la infancia (Zahn-Waxler, Klimes-Dougan y Slattery, 2000). Por ello, las intervenciones deberían ser preventivas y comenzar en la escuela y no esperar a poner remedios de forma tardía cuando el problema ya ha surgido y la eficacia de las intervenciones disminuye. Respecto a las diferencias de sexo encontradas, parece que aunque las mujeres perciben mejor las expresiones emocionales de

los otros (Boyatzis, Chazan y Ting, 1993), en este trabajo la percepción emocional surge como una habilidad especialmente relevante para el bienestar de los varones; por ello, deberíamos incidir en su desarrollo en la formación de este grupo.

En conclusión, la percepción emocional se muestra como una habilidad importante dentro de la IE a la hora de explicar el desarrollo positivo personal y social en la adolescencia. Además, aparece como una habilidad especialmente importante para el ajuste de los varones adolescentes. Esperamos que futuras investigaciones confirmen y amplíen estos resultados para conocer en mayor grado el papel que juega la percepción emocional y la inteligencia emocional como modelo integrador de las habilidades emocionales, sobre el bienestar en la adolescencia.

Referencias

- Aiken, L. y West, S. G. (1991). *Multiple regression: testing and interpreting interactions*. Newbury Park, CA: Sage.
- Barrett, L. F., Mesquita, B. y Gendron, M. (2011). Context in emotion perception. *Current Directions in Psychological Science*, 20, 286-290.
- Boyatzis, C. J., Chazan, E. y Ting, C. Z. (1993). Preschool children's decoding of facial emotions. *Journal of Genetic Psychology*, 154, 375-382.
- Branje, S. J. T., Van Lieshout, C. F. M. y Gerris, J. R. M. (2007). Big five personality development in adolescence and adulthood. *European Journal of Personality*, 21, 45-62.
- Carroll, J. M. y Russell, J. A. (1996). Do facial expressions signal specific emotions?: judging emotion from the face in context. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 205-218.
- Carton, J. S., Kessler, E. A. y Pape, C. L. (1999). Nonverbal decoding skills and relationship well-being in adults. *Journal of Nonverbal Behavior*, 23, 91-100.
- Chubb, N. H., Fertman, C. J. y Ross, J. L. (1997). Adolescent self-esteem and locus of control: a longitudinal study of gender and age differences. *Adolescence*, 32, 113-129.
- Ciarrochi, J. V., Chan, A. y Capuri, P. (2000). A critical evaluation of the emotional intelligence construct. *Personality and Individual Differences*, 28, 539-561.
- David, S. A. (2005). *Emotional intelligence: developmental antecedents, psychological and social outcomes*. Tesis doctoral sin publicar, Universidad de Melbourne, Victoria, Australia.
- Day, A. L. y Carroll, S. A. (2004). Using an ability-based measure of emotional intelligence to predict individual performance, group performance, and group citizenship behaviors. *Personality and Individual Differences*, 36, 1443-1458.
- Eccles, J. S., Midgley, C., Wigfield, A., Buchanan, C. M., Reuman, D., Flanagan, C. y Iver, D. M. (1993). Development during adolescence: the impact of stage- environment fit on adolescents' experiences in schools and families. *American Psychologist*, 48, 90-101.
- Ekman, P. (1965). Differential communication of affect by head and body cues. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2, 726-735.
- Elfenbein, M. A. y Ambady, N. (2002). On the universality and cultural specificity of emotion recognition: a meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 128, 1203-235.
- Extremera, N., Fernández-Berrocal, P., Ruiz-Aranda, D. y Cabello, R. (2006). Emotional intelligence, responses styles and depression. *Ansiedad y Estrés*, 12, 191-205.
- Extremera, N., Fernández-Berrocal, P. y Salovey, P. (2006). Spanish version of the Mayer-Salovey-Caruso Emotional Intelligence Test (MSCEIT) version 2.0: reliabilities, age, and gender differences. *Psicothema*, 18, 42-48.

- Fernández-Berrocal, P., Extremera, N. y Palomera, R. (2008). Emotional Intelligence as a crucial mental ability on educational context. En A. Valle y J. C. Núñez (dirs.), *Handbook of instructional resources and applications* (pp. 67-88). Nueva York: Nova Science.
- Friedman, H. S. (1978). The relative strength of verbal versus nonverbal cues. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 4, 147-150.
- Garaigordobil, M. (2005). Conducta antisocial durante la adolescencia: correlatos socio-emocionales, predictores y diferencias de género. *Psicología Conductual*, 13, 197-215.
- Gil-Olarte, P., Palomera, R. y Brackett, M. (2006). Relating Emotional Intelligence to Social Competence, and Academic Achievement among High School Students. *Psicothema*, 18, 118-123.
- Gohm, C. L. y Clore, G. L. (2002). Four latent traits of emotional experience and their involvement in attributional style, coping and well-being. *Cognition & Emotion*, 16, 495-518.
- González, J., Fernández, S., Pérez, E. y Santamaría, P. (2004). *Sistema de Evaluación de la conducta en niños y adolescentes: BASC (Adaptación española)*. Madrid: TEA.
- Halberstadt, G. y Hall, J. A. (1980). Who's getting the message?: children's nonverbal skill and their evaluation by teachers. *Developmental Psychology*, 16, 564-573.
- Hayes, A. F. y Matthes, J. (2009). Computational procedures for probing interactions in OLS and logistic regression: SPSS and SAS implementations. *Behavior Research Methods*, 41, 924-936.
- Haxby, J. V., Hoffman, E. A. y Gobbini, M. I. (2000). The distributed human neural system for face perception. *Trends in Cognitive Sciences*, 4, 223-233.
- Izard, C. E. (1971). *The face of emotion*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
- Izard, C. E., Fine, S. E., Schultz, D., Mostow, A. J., Ackerman, B. P. y Youngstrom, E. A. (2001). Emotion knowledge as a predictor of social behavior and academic competence in children at risk. *Psychological Science*, 12, 18-23.
- Kee, K. S., Horan, W. P., Salovey, P., Kern, R. S., Sergi, M. J., Fiske, A. P., Lee, J., Subotnik, K. L., Nuechterlein, K., Sugar, C. A. y Green, M. F. (2009). Emotional Intelligence in schizophrenia. *Schizophrenia Review*, 107, 61-68.
- Keltner, D. y Haidt, J. (2001). Social functions of emotions. En T. Mayne y G. A. Bonanno (dirs.), *Emotions: current issues and future directions* (pp. 192-213). Nueva York: Guilford.
- Lenti, C., Lenti-Boero, D. y Giacobbe, A. (1999). Decoding of emotional expressions in children and adolescents. *Perceptual and Motor Skills*, 89, 808-814.
- Levpušček, M. P. y Gril, A. (2010). Patrones de individuación en adolescentes eslovenos y la relación con su percepción sobre sus padres, amigos y profesores. *Behavioral Psychology/ Psicología Conductual*, 18, 119-138.
- Lewis, M. y Haviland-Jones, J. M. (2000). *Handbook of emotions* (2ª ed). Nueva York: Guilford.
- Lindeman, M., Hara, T. y Keltikangas-Järvinen, L. (1997). Age and gender differences in adolescent's reactions to conflict situations: Aggression, prosociality and withdrawal. *Journal of Youth and Adolescence*, 26, 339-351.
- Lopes, P. N., Brackett, M. A., Nezlek, J. B., Schütz, A., Sellin, I. y Salovey, P. (2004). Emotional intelligence and social interaction. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 30, 1018-34.
- Lopes, P. N., Salovey, P. y Straus, R. (2003). Emotional intelligence, personality and the perceived quality of social relationships. *Personality and Individual Differences*, 35, 641-658.
- Mayer, J. D., Caruso, D. y Salovey, P. (1999): Emotional intelligence meets traditional standards for an intelligence. *Intelligence*, 27, 267-298.

- Mayer, J. D., Roberts, R. D. y Barsade, S. G. (2008). Human abilities: emotional intelligence. *Annual Review of Psychology*, 59, 507-536.
- Mayer, J. D. y Salovey, P. (1997). What is emotional intelligence? En P. Salovey y D. J. Sluyter (dirs.), *Emotional development and emotional intelligence: implications for educators* (pp. 3-31). Nueva York: Basic Books.
- Mayer, J. D., Salovey, P. y Caruso, D. (2000). Models of emotional intelligence. En R. J. Sternberg (dir.), *Handbook of intelligence* (pp. 396-420). Nueva York: Cambridge.
- Mestre, J. M., Guil, R., Lopes, P. N., Salovey, P. y Gil-Olarte, P. (2006). Emotional intelligence and social and academic adaptation to school. *Psicothema*, 18, 112-117.
- Musitu, G. y Cava, M. J. (2002). El rol del apoyo social en el ajuste de los adolescentes. *Intervención Psicosocial*, 12, 179-192.
- Nelson, C. A y De Haan, M. (1997). A neurobehavioral approach to the recognition of facial expressions in infancy. En J. A. Russell y J. M. Fernández-Dols (dirs.), *The psychology of facial expression* (pp. 176-204). París: Cambridge University.
- Nolen-Hoeksema, S., Girgus, J. S. y Seligman, M. E. (1991). Sex differences in depression and explanatory style in children. *Journal of Youth and Adolescence*, 20, 233-45.
- Nolen-Hoeksema, S. y Girgus, J. S. (1994). The emergence of gender differences in depression during adolescence. *Psychological Bulletin*, 115, 424-443.
- Noller, P. (1985). Video primacy: a further look. *Journal of Nonverbal Behavior*, 9, 28-47.
- O'Sullivan, M. (1982). Measuring the ability to recognize facial expressions of emotion. En P. Ekman (dir.), *Emotion in the human face* (pp. 281-317). Nueva York: Cambridge University.
- Plancherel, B., Bolognini, M. y Halfon, O. (1998). Coping strategies in early and mid-adolescence: difference according to age and gender in a community sample. *European Psychologist*, 3, 192-201.
- Ramos, N., Fernández-Berrocal, P. y Extremera, N. (2007). Perceived emotional intelligence facilitates cognitive-emotional processes of adaptation to an acute stressor. *Cognition & Emotion*, 21, 758-772.
- Reina, M. C., Oliva, A. y Parra, A. (2010). Percepción de autoevaluación: autoestima, autoeficacia y satisfacción vital en la adolescencia. *Psychology, Society and Education*, 2, 55-69.
- Reynolds, C. R. y Kamphaus, R. W. (2004). *Behavior Assessment System for Children* (2ª ed.). Circle Pines, MN: American Guidance Service.
- Roberts, R. D., Schulze, R., O'Brien, K., MacCann, C., Reid, J. y Maul, A. (2006). Exploring the validity of the Mayer-Salovey-Caruso Emotional Intelligence Test (MSCEIT) with established emotions measures. *Emotion*, 6, 663-69.
- Rotter, N. G. y Rotter, S. (1988). Sex differences in the encoding and decoding of negative facial emotion. *Journal of Nonverbal Behavior*, 12, 139-148.
- Rubenstein, A. J. (2005). Variation in perceived attractiveness: differences between dynamic and static faces. *Psychological Science*, 16, 759-762.
- Ruiz-Aranda, D., Cabello, R., Salguero, J. M., Castillo, R., Extremera, N. y Fernández-Berrocal, P. (2010). *Los adolescentes malagueños ante las drogas: la influencia de la inteligencia emocional*. Granada: GEU.
- Salguero, J. M., Fernández-Berrocal, P., Ruíz-Aranda, D., Castillo, R. y Palomera, R. (2011). Inteligencia emocional y ajuste psicosocial en la adolescencia: el papel de la percepción emocional. *European Journal of Education and Psychology*, 4, 143-152.
- Salovey, P. y Mayer, J. D. (1990). Emotional intelligence. *Imagination, Cognition and Personality*, 9, 185-211.
- Sato, W. y Yoshikawa, S. (2007). Enhanced experience of emotional arousal in response to dynamic facial expressions. *Journal of Nonverbal Behavior*, 31, 119-135.

Steinberg, L. y Sheffield Morris, A. (2001). Adolescent development. *Annual Review of Psychology*, 52, 83-110.

Zahn-Waxler, C., Klimes-Dougan, B. y Slattery, M. (2000). Internalizing problems of childhood and adolescence: Prospects, pitfalls, and progress in understanding the development of anxiety and depression. *Development and Psychopathology*, 12, 443-466.

RECIBIDO: 20 de marzo de 2011

ACEPTADO: 24 de noviembre de 2011